

Algunas tendencias actuales en el espacio rural chileno¹

MARCO AURELIO MARQUEZ POBLETE²

Instituto de Geografía
Pontificia Universidad Católica de Chile

RESUMEN

El presente artículo plantea un conjunto de reflexiones sobre los temas emergentes que los investigadores de la geografía rural nacional enfrentan a la luz de los procesos de crecimiento económico, evolución social e impactos territoriales generados por las políticas públicas y la acción de los privados en las últimas décadas del pasado siglo XX.

ABSTRACT

This article presents a number of reflections regarding the emergent subjects that researchers of national rural geography face in light of the processes of economic growth, social evolution and territorial impacts, generated by public policies and private action during the last two decades of the XX century.

INTRODUCCION

El desarrollo del medio rural nacional, entendido como el proceso de incremento constante y sostenido del nivel de vida de las personas que lo habitan (Weitz, 1995), ha sido un objetivo permanente de la acción gubernamental en los últimos cincuenta años. Sin embargo, aún es posible señalar que el sector rural sigue siendo el medio geográfico más retrasado en cuanto a su integración al proceso de crecimiento socioeconómico chileno y presenta, además, un significativo cambio en su estructura.

En tal sentido, el presente artículo tiene como objetivo plantear un conjunto de reflexiones sobre los temas emergentes que los investigadores de la geografía rural nacional enfrentan a la luz de los procesos de crecimiento económico, evolución social e impactos territoriales generados por las políticas públicas y la acción de los privados en las últimas décadas del pasado siglo XX.

Específicamente, se analizan los importantes cambios sociales, económicos y geográficos que

en las décadas pasadas se han presentado en el medio rural nacional donde las imágenes del latifundio-minifundio, los fenómenos de migración campo-ciudad, el aislamiento territorial y la importancia de la agricultura en la década de los años 60 y 70 (Gómez, 1989) dan paso a un medio rural de finales de siglo donde la emergencia de sectores económicos no-agrícolas, como la artesanía, el turismo, la industria rural, la pequeña minería y la pesca artesanal han modificado el paisaje y están acompañados de un explosivo crecimiento de parcelas de agrado en las periferias rurales de ciudades medianas y grandes (Gómez, 1997).

Sin embargo, estas importantes modificaciones del espacio rural chileno continúan presentando, como elementos permanentes en los últimos 50 años, pobreza, indigencia y falta de oportunidades para que los habitantes rurales se integren al desarrollo nacional, manteniendo así situaciones de desigualdad y miseria en muchos espacios del país, a las que se suman los problemas de deterioro ambiental y degradación de los recursos naturales (Márquez, 1999).

UNA BREVE REVISION DE LA EVOLUCION HISTORICA DEL MODELO DE DESARROLLO APLICADO A LOS ESPACIOS RURALES: 1900-1998

La revisión de las tendencias del desarrollo de los espacios rurales en el siglo pasado muestra un

¹ El artículo expone parte de los resultados obtenidos por las investigaciones del Grupo de Trabajo para la formulación de propuestas de políticas públicas extraagrícolas para la reducción de la pobreza rural del Comité de Ministros Social y de Desarrollo Productivo del período 1998-2000.

² El autor es Geógrafo, Magíster en Asentamientos Humanos y Medio Ambiente de la Pontificia Universidad Católica de Chile y posee estudios de especialización en Desarrollo Rural en Development Study Center de Rehovot, Israel.

conjunto de cambios en las políticas públicas y en la acción de los privados que han impactado fuertemente en el medio rural.

Hasta los años 30, el modelo de desarrollo económico aplicado en el país se basó en un sistema que tenía como sectores más dinámicos la agricultura y la minería, orientadas ambas a las exportaciones, y que tras la crisis de la economía mundial de 1929, al igual que la mayoría de los países iberoamericanos, inicia un sostenido esfuerzo de industrialización.

Este modelo de desarrollo conocido como “crecimiento hacia adentro” consistió en llevar a cabo un conjunto de políticas orientadas al desenvolvimiento de un proceso de industrialización y de concentración urbana. Ello implicó que al medio rural se le asignara sólo un rol de abastecedor de alimentos baratos.

Así, el resultado a largo plazo de esta estrategia fueron el crecimiento de la industria entre un 7 y un 8% dentro del período de 1940 a 1960 y el virtual estancamiento de la agricultura. Luego, en el transcurso de los siguientes 40 años, se pasa de una época de cambios progresistas con un activo papel del Estado, principalmente entre los años 1964 a 1973, a una etapa en que se aplica un modelo de desarrollo neoliberal (1973-1983), en que el sector agropecuario terminó en una complicada situación productiva.

A partir de 1984 se pone en práctica una política basada en la aplicación de estímulos tales como bandas de precios, créditos subsidiados, canales de comercialización y otros. Pero dichas medidas de modernización fueron parciales, porque, por una parte, a ella logran acceder sólo algunos productores comerciales y, por otra, este fenómeno se ha dado, especialmente, en las regiones mejor dotadas de recursos de la zona central (Márquez, 1991).

Las medidas implementadas en la década de 80 significaron una nueva regionalización económica, en donde aquellas áreas con potencial exportador o “ventajas comparativas” incrementaron sustancialmente su producto (minería, pesca, agricultura y forestal). Así, la estructura de las exportaciones industriales está dominada por el procesamiento de productos naturales, tales como chips de madera, harina de pescado, vinos, frutas y vegetales en conserva, etc. (Márquez, 1999).

A partir de 1990, el gobierno planteó como una de las metas urgentes lograr un desarrollo económico sustentable, equitativo y con un equilibrio territorial del hábitat rural y sus habitantes. Se propuso como requisito fundamental la incorporación de la pequeña producción agrícola al proceso general de desarrollo, contribuyéndose a la

solución de problemas de desempleo y pobreza de importantes grupos de población rural, para lo cual se emprendieron programas destinados a entregar asistencia técnica y crédito a los pequeños campesinos.

En términos generales, se puede señalar que en la última década Chile ha tenido un crecimiento económico sostenido, que se espera continúe en los próximos 15 años. Así, las proyecciones suponen un aumento al año 2010 de un 133% en su PGB, pasando el Producto Geográfico Bruto de US\$ 66.000 millones en 1995 a US\$ 153.000 millones en 2010. (González y Márquez, 1995).

Asociado al crecimiento económico, se estima que desde la perspectiva demográfica la población de 13,8 millones en 1992 aumentará, de acuerdo a las proyecciones, a 16,7 millones en el año 2010.

Se debe señalar que esta importante evolución económica del país ha tenido como uno de sus motores las actividades mineras, forestales, frutícolas y pesqueras que se localizan en los espacios rurales.

En el caso de la minería, las exportaciones se elevaron de US\$ 1.444 millones en 1976 a US\$ 6.634 millones en 1998. Dicho aumento en la producción y exportación minera, en especial de cobre, ha sido liderado por la empresa privada, reduciendo a la empresa estatal CODELCO su participación en la producción de cobre de un 85% a un 38%, entre 1980 y 1998.

En el sector forestal la masa de bosques cultivados sumaba 420 mil hectáreas en 1975; hoy, la superficie supera los dos millones de hectáreas. El sector exportaba US\$ 125 millones en productos forestales y pasa a US\$ 1.660 millones entre 1975 y 1998.

El aporte del sector pesquero es también relevante; así de los US\$ 50 millones exportados en 1975 se elevaron a US\$ 1.600 millones en 1998.

Por otra parte, en 1975 las exportaciones frutícolas ni siquiera reportaban US\$ 50 millones a las arcas nacionales, mientras que en la actualidad la cifra supera los US\$ 1.400 millones. Así, de las 65 mil hectáreas de frutales plantadas con frutales hace 25 años, la superficie se ha incrementado hoy a más de 210 mil hectáreas (Revista Gestión, 1999).

LA RELEVANCIA DE LA ACTIVIDAD EXTRAAGRICOLA EN EL DESARROLLO RURAL

Un cambio relevante presente en el espacio geográfico rural nacional se refiere a la importan-

cia determinante que tradicionalmente la agricultura ha tenido en la mantención económica y en el desarrollo de la zonas rurales del país, y que actualmente empieza a ser revisada frente a una realidad cambiante.

Uno de los aspectos relevantes de este cambio se expresa en la constatación que la proporción de la actividad económica no agrícola en los últimos 30 años ha aumentado progresivamente a nivel de la población rural, asumiendo un rol relevante en la mantención económica de las familias rurales del país (Razeto, 1999).

Al año 1994, la agricultura representó sólo el 49% de los ingresos de la ocupación principal en el medio rural, lo que constituye su momento de importancia relativa más bajo en la historia económica agraria de los últimos años. Asimismo, la silvicultura y la pesca abarcan el 5,5% de dichos ingresos rurales, y el 45,5% del ingreso restante, proviene de otras actividades extraagrícolas.

La imagen de un espacio rural cuyo componente agrícola, aunque siga siendo mayoritario y posiblemente lo siga siendo por mucho tiempo, ya no es la única actividad y fuente de ingresos del sector, lo cual lleva a repensar y rediseñar el escenario imaginario construido tradicionalmente.

Además, una importante parte de la población que trabaja en faenas agrícolas no reside en el sector rural, sino que lo hace en zonas urbanas (o definidas administrativamente como tales), mientras la figura inversa es también algo recurrente.

En el año 1990, el 79% de los ocupados en agricultura residían en espacios rurales y el resto en áreas urbanas, mientras que sólo seis años después esta cifra se reduce a 71%. Las barreras entre lo urbano y lo rural se transforman, diluyéndose la imagen tradicional al respecto, mostrando una tendencia poco convencional (Pro-Rural, 1999).

Se constata así que mientras el componente agrícola del ingreso tiende a decrecer (como se aprecia en el cuadro 1), aquellas actividades no agrícolas tales como el comercio menor, la hotelería y los servicios comunales sociales tienen una tendencia a aumentar su participación en el ingreso y también, aunque en menor medida, en el empleo rural.

Así, entonces, nuevas actividades productivas emergen y se afianzan en el sector rural, actividades no agrícolas cuyas tendencias de crecimiento y de posicionamiento en el ingreso rural hacen necesario un estudio más acabado.

En tal sentido, Razeto, en el documento de la Comisión Fomento y Desarrollo Productivo Extraagrícola "Elementos para el debate", menciona algunas tendencias existentes, que ilustran en parte el cambio que afecta al sector rural:

El turismo rural

Esta rama de actividad cada día acapara mayores atenciones y se perfila con fuerza en diferentes contextos geográficos del país. Es tan relevante el tema que prácticamente no existen regiones en el país donde el tema no aparece dentro de los planes de fomento productivo y laboral.

El turismo rural tiene diversas expresiones según las diferencias geográficas de cada región; sin embargo, en todas ellas asume formas en donde se valoriza el patrimonio natural. Ecoturismo, turismo aventura, agroturismo, pesca deportiva, etc., son diversas expresiones de turismo rural ampliamente conocidas. Toma cuerpo también aquel turismo rural donde es determinante el patrimonio cultural, como el recurso arqueológico o histórico local.

Como ejemplo de Programas de Fomento del Turismo Rural, se puede destacar la opción de la

Cuadro 1

Evolución de ingresos de población rural e incidencia en ellos de la agricultura

Año	Promedio ingreso <i>per cápita</i> en hogares rurales (1992: Base = 100)		Contribución a los ingresos totales de hogares rurales rama agrícola	
	\$ de 1996	1992: Base = 100	Agricultura (ganadería) y caza.	Silvicult. y extrac. madera
1992	66.276	100,0	50,0	3,6
1994	63.914	96,4	42,2	3,0
1996	63.265	95,5	45,3	2,6

Fuente: Elaboración en base a cifras MIDEPLAN preparadas para PRO-RURAL (División Social, Departamento de Estudios Sociales, Encuestas CASEN).

Patagonia, con la intención de convertirse en uno de los lugares turísticos de mayor interés dedicado a fomentar la aventura, la pesca deportiva y el paisajismo a nivel mundial. En escalas algo menores, podemos destacar la realidad de San Pedro de Atacama con su explotación galopante de su patrimonio cultural. Zonas de turismo más focalizadas tienen expresiones comunales e incluso en localidades rurales menores, como Dalcahue en Chiloé, Chincolco en la Quinta Región, Vilches en la Séptima, o Bahía Inglesa en la Tercera, entre muchas otras.

La artesanía

Muy vinculada a la lógica anterior, aparece la actividad artesanal, cuya base patrimonial es el “saber hacer” tradicional de la gente de una localidad. Normalmente se trata de población pobre que ha realizado una actividad artesanal con fines de autoconsumo o de venta para el ingreso complementario del hogar y cuya habilidad ha sido transmitida por generaciones y que hoy supone el inicio de un proceso de valorización para el nivel mercantil.

La pesca artesanal y la acuicultura

Hace unos 15 años comenzó un proceso de cambio inexorable en el sector pesquero artesanal, marcado principalmente por factores externos y estímulos de sobreexplotación del recurso, antes que por sus propios factores y sistemas de captura.

Con todo, se trata de una realidad de pobreza extremadamente diversa, que responde a espacios de ruralidad no reconocida tradicionalmente como tal. La pesca artesanal organizada es totalmente diferente en contextos tales como Chiloé o Las Cruces, Los Vilos o Puerto Viejo. La pesca artesanal como actividad económica se ha diversificado, aparecen especializaciones (buceo, espinel, arpón) y, junto a ello, exclusiones y focos de pobreza evidentes.

Manejo alternativo de bosque nativo en pequeña escala

Es interesante destacar algunos procesos de explotación sustentable de pequeñas porciones de bosque nativo, que junto con respetar las normativas impuestas al respecto por CONAF expresan un nuevo estilo de relación con el recurso bosque, no necesariamente o exclusivamente en términos del producto madera.

La valorización social que ha adquirido el bosque nativo, en contraste con su deteriorada imagen de rendimiento económico (en términos comparativos con el pino radiata, por ejemplo), pareciera ganar dividendos entre algunos sectores de minifundistas de origen campesino y también de origen mapuche en la zona sur del país que, sin asumir un criterio intrínsecamente conservacionista, han definido planes de explotación racional en el mediano y largo plazo. Lo que no parece ser una norma a nivel nacional, expresa algunos gérmenes de cambio en materia de explotación de la madera y parece marcar rumbos nuevos en los sistemas económicos ligados al recurso bosque.

Industria de localización rural

La industria no agrícola es una realidad ajena en la historia rural del país; no obstante, algunos indicios comienzan a constituirse en referentes relevantes que influyen en el espacio rural. Por una parte, las necesidades de las grandes urbes de expulsar las industrias contaminantes de las áreas urbanas y, por otra, la menor dependencia del trabajo manual en algunas tareas industriales, hacen que cada día exista un mayor interés sobre localidades rurales para la instalación de actividades industriales sin referencia agraria.

Zonas como Colina, Paine o Talagante son vistas más allá de sus capacidades agrícolas o residenciales por los habitantes de Santiago: se acrecienta sobre ellas el interés de instalaciones industriales medianas o grandes. Incluso, algunas comunas rurales han asumido una actitud proactiva frente a esta tendencia, como es el caso de Llay Llay, en donde la oferta de un parque industrial instalado en la zona, por su cercanía a Santiago-Valparaíso y accesibilidad por las nuevas carreteras, lo transforman en una apuesta de desarrollo comunal atractivo y sugerente.

Pequeña minería y pirquinería

Se trata de una rama de actividad tradicional cuya importancia relativa a nivel rural ha sido siempre cambiante. En muchos casos ha significado la posibilidad de generar algunos ingresos complementarios a la economía familiar para unidades campesinas tradicionales precarias o empobrecidas, como se observó (y aún se observa) en las comunidades agrícolas de la Cuarta Región. En otros casos, ha constituido la expectativa única de alcanzar la riqueza para miles de trabajadores del ámbito rural dedicados a la extracción minera, con resultados siempre magros y expectativas nunca alcanzadas.

LA NUEVA POBREZA RURAL

Hasta mediados de la década de los 90, Chile venía experimentando un crecimiento económico de más del 7% anual entre 1991 y 1997 (Pro-Rural, 1999). Si bien esta evolución ha permitido tener efectos significativos en la reducción de la pobreza en el país (la que cae persistentemente a nivel nacional de un 39% de la población en 1987 a un 20% en 1996), esta reducción también se manifiesta, aunque en menor medida y sólo hasta 1994, en las áreas rurales, manteniéndose a partir de entonces en un 26% de la población rural; sin embargo, esta pobreza presenta una fuerte heterogeneidad. La indigencia en estas zonas permanece constante desde 1992, afectando a un 8% de la población rural.

En un reciente estudio realizado entre las Regiones VI y X, se categorizan 14 grupos de hogares pobres en zonas rurales. Seis de ellos, que agrupan un 34% de las familias en situación de pobreza rural, poseen terrenos agrícolas mayores de 0,5 ha y el resto, 66% de los hogares rurales pobres, son trabajadores sin tierra. Esta fuerte heterogeneidad requiere de intervenciones diferenciadas para lograr llegar a los distintos tipos de hogares y situaciones de pobreza, lo que implica asumir estrategias flexibles que privilegien las especificidades de cada territorio y su gente (MIDEPLAN, 1999).

La pobreza rural ha modificado también su origen y composición. Así, el promedio del ingreso per cápita ha disminuido durante los últimos años, bajando desde los \$ 69.307 en 1990 a \$ 63.265 en 1996, contrastando con el sector urbano, donde los ingresos per cápita han aumentado significativamente en el mismo período, subiendo de \$ 94.231, en 1990, a \$ 137.205 en 1996.

Esto no sólo implica un empobrecimiento real, sino que una diferencia creciente del sector urbano, que mejora sus ingresos y mantiene el promedio nacional con cifras positivas, respecto del deterioro global del sector rural. Claramente, el progreso y la modernidad no han llegado para la gran mayoría de los campesinos chilenos.

Además, el hecho de que una parte de la población que trabaja en faenas agrícolas no resida en el sector rural, sino que lo hace en zonas urbanas, se profundiza al considerar el efecto de que los ingresos de unos y otros son diferentes. Mientras los ingresos por la rama de ocupación agrícola, caza y silvicultura de carácter urbano alcanzaban en 1996 a \$ 175.984, los de carácter rural sólo alcanzaron a \$ 91.125.

Lo anterior no sólo se verifica en lo agrícola, sino que es representativo de todas las ramas de actividad, incluidas las no agrícolas, ya que en promedio, al año 1996, los ingresos de los urbanos sumaban más del doble que los de los habitantes rurales.

En 1996 se podía observar que la pobreza rural se asocia a dos tipos de ocupaciones. Del total de pobres rurales, algo más del 70% corresponde a asalariados rurales, de los cuales el 49% corresponde a ramas de la agricultura y el 23% a asalariados no agrícolas. El 28% restante se vincula a los pequeños productores, entre los que se encuentran campesinos, pirquineros, pescadores artesanales, pequeñas unidades de servicio, entre otros (Pro-Rural, 1999).

Por otra parte, si bien se observa una evolución positiva en el acceso a los servicios básicos por parte de la población rural, como se aprecia en el cuadro 2, el sector rural continúa teniendo coberturas menores que las áreas urbanas.

Cuadro 2

Evolución del acceso a algunos servicios básicos de la población urbana y rural en condiciones de pobreza

Año	Porcentaje de viviendas con							
	Disponibilidad de energía eléctrica		Agua potable a su interior ⁽¹⁾		Materialidad buena y aceptable		Eliminación sanitaria de excretas	
	Urbano	Rural	Urbano	Rural	Urbano	Rural	Urbano	Rural
1990	97,7	55,9	95,1	35,8	67,2	50,8	75,4	7,9
1992	98,1	65,4	95,7	41,0	71,5	53,3	75,5	10,1
1994	98,9	69,3	97,4	48,0	72,6	56,2	76,1	11,1
1996	98,4	67,5	96,2	51,5	76,8	60,5	74,9	9,0
90-96 ⁽²⁾	0,7	11,6	1,1	15,7	9,6	9,7	(0,5)	1,1

⁽¹⁾ Agua potable con red pública u otra fuente, con llave dentro del sitio o de la vivienda.

⁽²⁾ Incremento del acceso en puntos porcentuales entre 1990 y 1996.

Fuente: MIDEPLAN para PRO-RURAL, División Social, Departamento de Estudios Sociales, sobre la base de encuestas CASEN 1990-1996.

LA HETEROGENEIDAD DEL ESPACIO RURAL

Como lo señala Calderón (1996), el concepto del espacio rural de hoy con todos sus componentes se diferencia bastante de su caracterización de hace 30 años. Así, la imagen de “el campo” de antaño, entre latifundios y minifundios, producción de cultivos básicos y alimentación de las ciudades, con agricultores y campesinos, se confunde en la actualidad con los temporeros agrícolas que viven en la ciudad o el poblador urbano que trabaja enganchado con las empresas forestales; el pequeño agricultor cuyos ingresos principales los obtiene como taxista a tiempo parcial en la ciudad cercana; la familia campesina chilota ribereña que vive principalmente de la pesca y la artesanía; el moderno productor de fruta de exportación que vive en la ciudad, o el joven mecánico, jefe de hogar, que en ciertas épocas del año trabaja como minifundista en su comunidad indígena y en otras, como jornalero de la salmonera o empleado del centro turístico.

El actual mundo rural se presenta ahora más diverso en sus actividades y más complejo en sus interrelaciones; y es menos fácil establecer con claridad sus fronteras geográficas, temporales y de actividad. Tanto es así, que mientras más se comunica el campo con la ciudad, sea a través de nuevos o mejores caminos o carreteras y más modernos sistemas de transporte, como del intenso flujo de personas por razones de movilidad laboral, no sólo no se produce el éxodo masivo que se planteaba en los años 60-70, sino que empieza a resultar más posible seguir viviendo en el campo, e ir a trabajar o estudiar a la ciudad; o vivir en la ciudad o el pueblo, e ir a trabajar cotidianamente al campo.

Por otra parte, se constata un fuerte proceso de urbanización de la vida rural, por el progresivo acceso a servicios básicos considerados como típicamente urbanos (agua potable, electrificación, telecomunicaciones), y por la internalización de pautas culturales y de consumo del mismo tenor. Este proceso está asociado al mayor acceso a los servicios indicados, a la mayor conectividad con el mundo urbano (sea por movilidad personal, o por los efectos del mayor acceso a la televisión, telecomunicaciones o, más recientemente, Internet en las escuelas), o por los mayores niveles de instrucción formal de una escolaridad con sesgo urbanizante (Pro-Rural, 1999).

Este conjunto de nuevas y cambiantes situaciones, condiciones y relaciones, hacen que hoy no sea posible hablar de un espacio rural homogéneo

o continuo, constatándose crecientemente la existencia de una diversidad de la ruralidad según sus características locales y sus formas de articulación a un sistema crecientemente globalizado.

Por tanto, los diversos espacios rurales pueden ser adjetivados según las dimensiones que se consideren: grados de integración territorial (integradas-aisladas), formas de asentamiento (dispersas-concentradas), calidad de la infraestructura productiva, formas productivas y de inserción económica predominante (pequeña minería, de expansión forestal, pesquero artesanal o acuícola, hortofrutícola de exportación), poblados rurales prestadores de servicios o abastecedores de mano de obra, de agricultura campesina articulada o no a sistemas agroindustrio-comerciales, con o sin significación de población indígena, dinámicas o estancadas, etc.

Estos diversos paisajes rurales, o ruralidades como las define Calderón (1996), por aislados que pudieran aparecer en algunos casos, para bien o para mal, están fuertemente integrados. Las fronteras rural-urbanas, que antes estaban representadas por las puertas de la hacienda o del fundo, están ausentes. Entre el “predio” y la globalización hay una red compleja de relaciones. Cada vez hay menos espacios rurales aislados, constatándose crecientemente la conformación de áreas rur-urbanas, cuyos procesos van mucho más allá de los aportados por sus componentes separadamente considerados, explicándose más que por homogeneidades relativas, por las complementariedades y mecanismos de articulación entre ellos (equivalentes o desiguales, sustentables o precarios).

Estos nuevos espacios de significación se configuran en escalas zonales que trascienden ampliamente el nivel local y, la mayoría de las veces, el comunal: la localidad, comunidad, hacienda o aldea que constituyera la base de la identidad rural del pasado, es hoy ampliamente asimilada por cadenas o sistemas de relaciones que se hacen operativas en estos territorios de nivel zonal.

Pero no sólo cambia el espacio rural en su estructura y relaciones, sino también el mundo urbano en relación al rural, o al menos su mirada respecto de él. De la antigua valoración y preocupación de los habitantes urbanos por el costo y seguridad del abastecimiento alimentario, pasando por una primera oleada expresada en parcelas de agrado, se amplían los ámbitos de interés urbano por cuestiones propiamente rurales.

Y no se trata ya sólo del enfoque extractivo con que crecientemente se mueven hacia el medio rural, capitales para invertir en grandes enclaves que extraen y acumulan riquezas, disputan

recursos, y no generan desarrollo local; ni sólo de la preocupación ambiental o ilustrada por la desertificación, el bosque nativo o los derechos de los pueblos indígenas, sino también de proporciones crecientes de consumidores preocupados por alimentos más sanos y dispuestos a pagar más por ellos, o de la población de grandes ciudades interesadas en acceder a aires más puros y ojalá invertir en espacios más tranquilos que los que respiran o habitan cotidianamente.

Fenómenos actuales como la inseguridad ciudadana, la contaminación ambiental y la uniformidad sin identidad que se expande e intensifica en las grandes ciudades, producen nostalgias y aspiraciones de paisajes naturales abiertos. Especialmente cuando se percibe como crecientemente posible conjugar estas ventajas de tranquilidad, naturaleza e identidad, con las de hacerlo contando con servicios básicos de electricidad, agua potable, y sistemas de información y comunicación propios de la modernidad del siglo (Pro-Rural, 1999).

Sólo así se puede explicar que a pesar de la percepción generalizada de crisis de la agricultura, el valor de la tierra siga creciendo en el medio actual. El valor del suelo rural ha ido adquiriendo un valor económico crecientemente superior a la capacidad agrícola que contiene, como espacio para vivir y recrearse.

Este nuevo espacio rural y sus formas de relación con el mundo urbano son constitutivos de un proceso que no termina por consolidarse, en que se encuentran en pleno desarrollo dinámicas de signos distintos y con resultados contradictorios; en donde todavía no se han constituido los actores colectivos que expresen estas nuevas realidades y que completarán su configuración.

En este mismo tipo de ruralidad, y bajo estas condiciones o tendencias de vinculación con el mundo urbano, es que se mantienen, reproducen o, incluso, se acrecientan la pobreza rural, la inequidad que la apremia y la negación de oportunidades.

ALGUNAS CONSIDERACIONES FINALES

Se puede señalar que en las últimas décadas el espacio rural nacional ha tenido importantes cambios, quedando en el pasado la clásica estructura del complejo agrícola latifundio-minifundio de los años sesenta, para dar paso a un pasaje rural donde la diversidad de utilidades no-agrícolas del espacio, así como su peso en la economía presentan nuevas temáticas para los estudios de la geografía rural chilena.

El impacto del desarrollo económico nacional sobre la utilización y valoración del suelo rural para actividad extraagrícola, la disminución de la migración campo-ciudad y la generación de movimientos temporales de la mano de obra urbana hacia los espacios rurales en busca de trabajo son nuevas realidades sociales a estudiar (Márquez, M.A. y J. Castillo, 1999).

Las discusiones sobre reforma agraria y acceso a la propiedad de la tierra de la década de los 60 y 70 dan paso a las actuales preguntas de los investigadores sobre el ordenamiento territorial de los espacios rurales para usos residenciales o sobre la localización de actividades industriales en el medio rural y su impacto sobre el ambiente.

Se puede señalar que el medio rural chileno ha evolucionado, nuevos problemas y desafíos se presentan hoy para sus habitantes y ellos deben ser estudiados por los investigadores de la realidad rural.

BIBLIOGRAFIA

- CALDERON, C. (1996): "Pobreza, Inequidad y Políticas Públicas en el Sector Rural Chileno". En mimeo. Santiago, Chile.
- GOMEZ, S. (1989): "Políticas Estatales y Campesinado en Chile (1960-1989)". Documento de trabajo N° 409, FLACSO. Santiago, Chile.
- GOMEZ, S. (1997): "Nuevas Estructuras y Actores Sociales Rurales en Chile". Documento de trabajo para el taller "El Espacio Municipal: nuevos desafíos y posibilidades para el desarrollo rural con la participación ciudadana". Cochabamba, Bolivia.
- GONZALEZ C. Y M. A. MARQUEZ (1995): "El Desarrollo de las Ciudades: Algunos elementos para la discusión". Documento interno, Ministerio Secretaría General de la Presidencia. Santiago de Chile.
- MARQUEZ, M.A. (1991): "El Decrecimiento de la Población Rural: Caso de estudio Distrito de Los Guindos, Comuna de Melipilla". Memoria para optar al Título de Geógrafo y al Grado Académico de Licenciado en Geografía, Instituto de Geografía, Pontificia Universidad Católica de Chile.
- MARQUEZ, M.A. (1999): "El Desarrollo Chileno y su Impacto Territorial". En Memorias de la Asamblea Nacional de Desarrollo y Territorio de Red de Formación Ambiental Colombiana. Universidad de Medellín. Medellín, Colombia.
- MARQUEZ, M.A. Y J. CASTILLO (1999): "Formulación de propuestas de políticas públicas extraagrícolas para la reducción de la pobreza rural en Chile: Síntesis segundo taller nacional Pro-Rural". Documento Interno. Santiago, Chile.
- MIDEPLAN (1999): "Pobreza Rural en Chile". Documentos Regionales N° 48. Santiago, Chile.
- RAZETO, J. (1999): "Comisión fomento y desarrollo productivo extraagrícola: elementos para el debate". Documento Interno. Grupo de Trabajo para la formulación de propuestas de políticas públicas extraagrícolas para la reducción de la pobreza rural. Santiago, Chile.

REVISTA GESTION (1999): "Expansión de proporciones: Análisis sectorial". Año XXV N° 296. Santiago de Chile.

PROGRAMA PRO-RURAL (1999): "Algunas tendencias de la ruralidad actual e interrogantes para una nueva ruralidad al 2010". Documento Interno. Grupo

de Trabajo para la formulación de propuestas de políticas públicas extraagrícolas para la reducción de la pobreza rural. Santiago, Chile.

WEITZ, R. (1995): "El Desarrollo Rural Integral". Apuntes de clases, Curso Desarrollo de Microrregiones y Areas de Asentamiento Rural. Rehovot, Israel.